

P E R F I L

GERMAN YANKE

GREGORIO ORDOÑEZ

Siempre al límite

Gregorio Ordóñez nació en julio de 1958 en Caracas en el seno de una familia de trabajadores y residía desde 1962 en San Sebastián, donde cursó sus estudios de Bachillerato. Yo le conocí y le traté entonces y le recuerdo pequeño de tamaño, con una abundante pelambrea negra, siempre activo y nervioso, sin guardarse una palabra en el magín, como si desde muy joven antepusiera el ser como él quería ser a la prudencia que considera las consecuencias de cada dicho o hecho.

Eran aquellos años —el final del franquismo— los primeros en los que los muchachos de su edad hablaban y discutían públicamente de política, campo en el que Gregorio Ordóñez parecía tener, como en todo, unas cuantas y contundentes ideas. Fue siempre «de derechas» y defendió constantemente, hasta el último encuentro que tuvimos hace algunos meses, un «foralismo» en el que a menudo la pasión y el afán por diseñar un modelo distinto y contrario al nacionalismo no dejaba mucho espacio a los fundamentos históricos o a las graves disquisiciones constitucionales.

Le perdí luego de vista cuando, coincidiendo con la muerte de Franco y el comienzo de la vorágine de la transición, Gregorio Ordóñez marchó a estudiar Periodismo en la Universidad de Navarra. Me llegaban de vez en cuando noticias, más o menos lejanas, de sus aventuras (que lograba matrículas de honor, que se reunía con tales o cuales, que estaba cerca de los carlistas, que se había afiliado a AP...) pero que siempre mantenían algunos rasgos definitorios: una inmensa capacidad de trabajo, una rara honestidad consigo mismo, ciertas reacciones desmedidas, un sentido del humor a veces agrio, refractario a determinadas ironías.

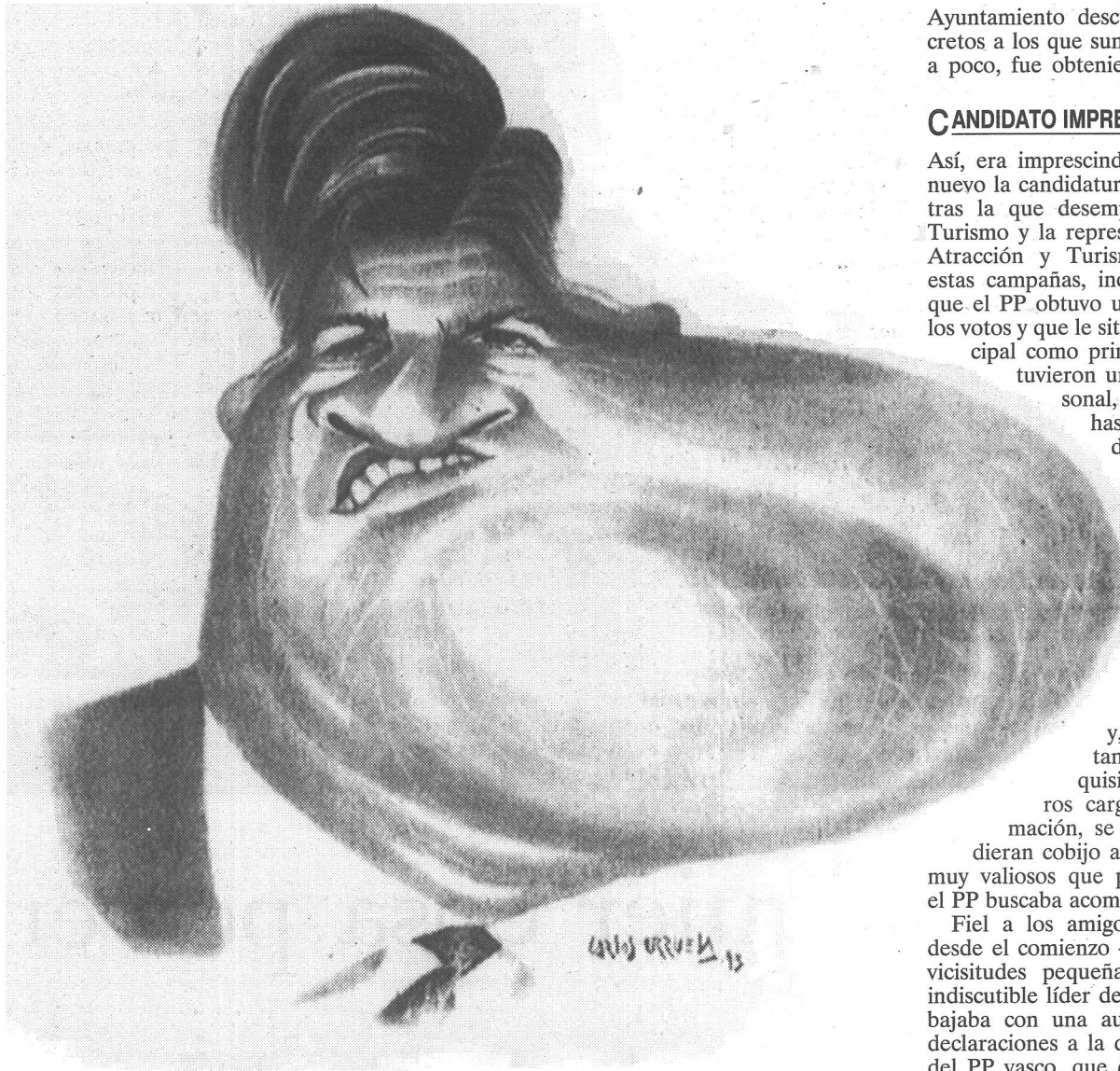
Me lo encontré de nuevo cuando, vuelto yo de periplos más lejanos, estaba ya metido de lleno en la política. Podía verlo en polémicas constantes y en aventuras arriesgadas pero me costaba trabajo imaginarlo en la política cotidiana. Pienso que, al menos hasta que se acostumbra a ello, él mismo se sorprendía e insistió siempre, cada vez de forma más retórica, en que era un *amateur*.

No hay duda de que pasó por la política —trece años de una corta vida de treinta y seis— más enrabietado por lo que no le gustaba que encandilado por modelos racionales de organización social: aseguraba que, al volver a San Sebastián, no pudo aguantar que «la ciudad estuviera dominada por unos pistoleros», se sentía en las antípodas del nacionalismo, recelaba de las ideologías y acuñó aquel lema famoso de «paz, progreso y bienestar» que presidió su meteórica y a menudo nada fácil carrera política.

MOTOR DE SU PARTIDO

A comienzos de 1982 fue elegido presidente de las Nuevas Generaciones y secretario técnico de AP en Gipuzkoa. El año siguiente encabezó la candidatura de su partido en las elecciones municipales y fue elegido concejal en San Sebastián, en cuyo Ayuntamiento presidió la Comisión de Legalidad Urbanística. Comenzó pronto a conocer los sabores: su estilo no gustaba a la tradicional derecha donostiarra, su concepción heterodoxa del partido chocaba a menudo con los planes de su formación política, su oposición a la falta de autonomía de AP en el País Vasco le colocó enfrente de algunos importantes dirigentes. Como nunca calló ni pareció querer limitar lo que para tantos eran excesos, fue expulsado y tuvo que leer en la prensa un anuncio en el que la derecha tradicional aconsejaba no votarle.

Pero ni desde posiciones políticas antagónicas podía discutirse que Gregorio Ordóñez era el motor de su partido ni negar su habilidad para hacerse presente en la opinión pública (los periodistas recuerdan sus abundantes comunicados domingueros aprovechando la frecuente falta de noticias en esas jornadas) o su trabajo cotidiano en el

*No hay palabras*

TONIA ETXARRI

Se paró el reloj a partir de las cuatro. **Garaikoetxea** compartía mesa y mantel con esta periodista cuando la noticia de la tragedia paralizó el debate político. «Han matado a **Gregorio Ordóñez**».

La cruda realidad de este país, dominado por la sinrazón, de nuevo sobre la mesa.

Esta vez la noticia de la tragedia venía servida de la mano del más fiel colaborador del líder de EA, **Jon Kerejeta**. A Garaikoetxea se le cortó el discurso. Y la digestión. Estaba reflexionando en voz alta sobre la coherencia, o no, de su política de principios, de las discrepancias desde el Gobierno, la investigación de la trama de los GAL, la violencia... HB... ETA... y ¡zas! Corte en canal. Se acabó el discurso. De nuevo el crimen. Se acabaron las palabras. Ni siquiera quedaban, en esos minutos, fuerzas para recurrir al consuelo del poema de **Blas de Otero**.

Jon Kerejeta lo había oído en el radio del coche. No pudo contener-

se y entró, como un huracán, en el restaurante Sondika. Garaikoetxea se quedó blanco. Se echó las manos a la cabeza, se tapó el rostro, se quedó callado. No hay palabras. La conmoción es total. La parálisis es casi física. Una imagen fija queda en su retina. Gregorio, muerto. No hay palabras.

Después de la primera tentación de análisis periodístico (el quién, el por qué, el para qué...) el líder de EA se sumió en un proceso de trágicos recuerdos.

Le invadió una sensación de escalofrío. De repente, le vino a la memoria el asesinato del senador socialista **Enrique Casas** el 23-F de 1984. En plena campaña electoral. Cuando él era todavía lehendakari. Por fin habla. «Se trata de una persona. De una persona que conocemos. De un ser humano. ¿No van a parar...?».

El dirigente de Eusko Alkartasuna intentó anular su compromiso con la televisión gallega. Las últimas llamadas desde el aeropuerto. Pero no loca-

lizó a nadie. Tuvo que coger el avión. Después de dar orden a sus colaboradores de que presentaran sus más sinceras condolencias a la familia del Partido Popular. El estará de vuelta, hoy, para asistir al funeral. Ayer, a pie de escalinata del avión, aún no podía dar crédito a la tragedia. Estaba fuertemente impresionado. El terror, una vez más, había cortado de cuajo la sana vida política. Con sus diferencias y revuelos pero, al fin y al cabo, la vida tolerante y abierta que permite un sistema democrático.

Una vez más ETA había puesto la mordaza a todos aquellos que no se querían dejar impresionar por sus siniestros juegos. Al acabar con la vida de Ordóñez daban una vuelta más a la mordaza de la libertad de expresión. Así lo sentía Garaikoetxea. Mientras intentaba ponerse en contacto con **Jaime Mayor Oreja**, decía en voz alta: «Es peor que un crimen. Es un espantoso horror».

Ayuntamiento descubriendo intereses concretos a los que sumarse y de los que, poco a poco, fue obteniendo numerosos apoyos.

CANDIDATO IMPRESCINDIBLE

Así, era imprescindible que encabezara de nuevo la candidatura conservadora en 1987, tras la que desempeñó la Delegación de Turismo y la representación del Centro de Atracción y Turismo donostiarra. Todas estas campañas, incluida la de 1991 en la que el PP obtuvo un sorprendente 15% de los votos y que le situó en el Gobierno municipal como primer teniente de alcalde, tuvieron un marcado carácter personal, se alejaron en ocasiones hasta de la grafía general de su partido e insistían en la sinceridad y en la eficacia de un pequeño grupo de jóvenes políticos.

Pudo sin duda ampliar la base de su partido pero recelaba tanto de la dependencia de la organización como del río de nuevos afiliados y, exigiendo años de militancia y trabajo a quienes quisieran ocupar los primeros cargos públicos de su formación, se oponía a que las listas dieran cobijo a los recién llegados; por muy valiosos que parecieran, o a los que el PP buscaba acomodo.

Fiel a los amigos que le acompañaron desde el comienzo —a los que defendió en vicisitudes pequeñas y grandes—, era el indiscutible líder del PP en Gipuzkoa y trabajaba con una autonomía en acciones y declaraciones a la que ni los más recelosos del PP vasco, que eran muchos, se sentían con fuerza para oponerse. En 1990 consigue ser el primer parlamentario vasco del PP por Gipuzkoa después de que el año anterior fuera elegido presidente del PP en ese territorio. Desde 1991 ha sido portavoz de su partido en el País Vasco y miembro de la Junta Directiva Nacional del PP.

Unos cargos y otros, y el estar siempre dispuesto tanto a la gran declaración pública o a la pequeña e incómoda tarea interna, le hicieron si cabe más imprescindible: en 1993 los «populares» le ratifican en la Presidencia con el 98% de los votos, y hace apenas unos días fue proclamado como candidato del partido a la alcaldía de San Sebastián. La unanimidad con la que le apoyaba su organización se convertía en polémica de puertas afuera, a nadie dejaba indiferente y menos con la dureza y la espontaneidad con la que a menudo juzgaba a sus adversarios —ahí está la querrela interpuesta contra el alcalde Elorza— o la valiente contundencia con la que se opuso a ETA o a quienes dieran a la organización terrorista apoyo por acción u omisión.

Pero el personaje público con voz característica siempre presta a las declaraciones, a veces en el límite, tenía su rostro humano menos conocido. En nuestro último y fugaz encuentro, junto a la playa de La Concha, le pregunté si la política era de verdad apasionante. Con un deje de melancolía respondió «Sobre todo es agotadora...» y como si quisiera dejar constancia de que otras cosas eran más fundamentales añadió: «...pero ahora estoy casado y tengo un hijo que no me lo merezco». O puedo recordarle diciéndome entre carcajadas que discrepábamos en todo menos en «lo fundamental». A mí ahora me tiembla la pluma y reparo en lo fundamental que era que él y yo, y tantos otros, pudiéramos discrepar en todo, sin este incomprensible y atroz hachazo del terrorismo. Su presencia, sin duda, más importante que la mía: era el ciudadano más votado en San Sebastián en los dos últimos comicios.